

## USURPACIONES DEL SENTIMIENTO RELIGIOSO

UNO DE LOS ABUSOS que indirectamente nos legó el Renacimiento es la confusión, en un mismo culto sentimental o en un mismo «humanismo», entre la religión y la patria. Esta «amalgama» es tanto más deplorable cuanto que se produce por parte de hombres que se supone representan los valores tradicionales y que de este modo comprometen lo que deberían defender. El creyente, sin duda, no siempre tiene el deber de predicar la verdad que da un sentido a la vida, pero nunca tiene el derecho de adulterarla con razones completamente humanas que dejan de ser válidas a algunas leguas de distancia; a fuerza de querer justificar semejantes pasiones por medio de la religión no se llega sino a hacerla ininteligible y a veces incluso odiosa. Este efecto prueba que su causa está lejos de ser anodina y que debe merecer, como crítica, algo más que una indulgencia despreocupada y cómplice.

Es muy evidente que para poder determinar los derechos de las cosas terrenales –y sentimos que esto no sea un truismo– hay que partir de la verdad axiomática de que el valor del hombre y de las cosas está en su adecuación a lo Real integral y en su capacidad de participar directa o indirectamente en este fin. El papel del contemplativo es mirar constantemente hacia lo Real y comunicar *ipso facto* a la sociedad el Perfume de esta visión; perfume a la vez de vida y de muerte, e indispensable para el bienestar relativo que este bajo mundo puede reivindicar. Es necesario, pues, partir de la idea de que sólo la espiritualidad –y con ella la religión que necesariamente la enmarca– constituye un bien absoluto. Lo espiritual, y no lo temporal, será cultural, social y políticamente el criterio de todos los otros valores.

En esta cuestión de los límites de hecho o de derecho del sentimiento patriótico, es conveniente recordar antes que nada que hay patria y patria: la de la tierra y la del Cielo. La segunda es el prototipo y la medida de la primera, le otorga su sentido y su legitimidad. Es así como en la enseñanza evangélica predomina el amor a Dios, que en consecuencia puede contradecir el amor a los padres, sin que en ello se pueda ver la menor ofensa a la caridad. La criatura debe, por lo demás, ser amada «en Dios», es decir, que el amor nunca le pertenece por completo. Cristo sólo se preocupó de la Patria celestial, que «no es de este mundo»; ello basta, no para renegar del hecho natural de una patria terrenal, sino para abstenerse de todo culto abusivo –e ilógico ante todo– del país de origen. Si Cristo desaprobó los apegos temporales, no dejó de admitir por ello los derechos de

la naturaleza, en el terreno que le corresponde, derechos eminentemente relativos que no se trata de erigir en ídolos. Es lo que San Agustín trató magistralmente, al menos en cierto aspecto, en su *Civitas Dei*. El patriotismo normal está a la vez determinado y limitado por los valores eternos; «no se infla» y no pervierte la inteligencia; no es, como el patriotismo, el olvido oficial de la humildad y de la caridad, al mismo tiempo que la anestesia de una parte de la inteligencia. Quedándose en sus límites es capaz de suscitar las virtudes más hermosas sin ser un parásito de la religión.

Hay que evitar las interpretaciones abusivas del pasado histórico; la obra de una Juana de Arco nada tiene que ver con el nacionalismo moderno, más aún cuando la santa no siguió el impulso de un patriotismo natural —lo que hubiese sido legítimo—, sino el de una voluntad celestial que veía venir las cosas. Francia fue durante siglos el eje del catolicismo; una Francia inglesa hubiese significado a fin de cuentas una Europa protestante y el fin de la Iglesia católica; esto es lo que quisieron prevenir las «voces». La ausencia en Juana de toda pasión y sus serenas palabras respecto a los ingleses corroboran plenamente lo que acabamos de decir y deberían bastar para colocar a la santa al abrigo de cualquier impostura retrospectiva<sup>1</sup>.

Si se nos permite introducir aquí una consideración más general en relación con la anexión abusiva de ejemplos históricos, diremos que un error muy común y particularmente lamentable es creer que en nuestra época se puede hacer todo lo que se hizo en la Edad Media y en la Antigüedad; pero, antes de hablar de ello, conviene mencionar el error inverso, según el cual «nuestro tiempo» nos da el derecho de despreciar como «anticuado» lo que en la Edad Media era intemporal, y que en consecuencia, respecto a lo esencial, no ha dejado de serlo: se trata de cosas o actitudes que no conciernen al hombre de un tiempo en concreto sino al hombre como tal. Demasiado a menudo, la actitud de los modernos respecto al pasado implica en efecto un doble error: por un lado, juzgan que determinadas formas que tienen un contenido intemporal son inconciliables con las condiciones mentales de lo que llaman «nuestro tiempo»; y por otro, se refieren de buen grado, para introducir una determinada reforma o simplificación, a lo que se hizo en la Antigüedad o en la Edad Media, como si las condiciones cíclicas fuesen siempre las mismas y no hubiera, desde el punto de vista de la fluidez espiritual y la inspiración, un empobrecimiento —o una reducción— progresivo de las posibilidades. La religión —pues es de ella de la que se trata en la mayoría de los casos— es semejante a un árbol que crece, que tiene una raíz, un tronco, ramas, hojas, donde no hay azar —una encina no produce más que bellotas— y donde no se puede a ciegas invertir el orden del crecimiento; éste no es una «evolución» en el sentido progresista del término, aunque haya evidentemente —en paralelo con el descenso hacia la exteriorización y el endurecimiento— un despliegue en el plano de la formulación mental y de las artes. El supuesto regreso a la simplicidad original está en las antípodas de esta simplicidad, precisamente porque no estamos ya en el origen y porque, además, el hombre moderno está aquejado de una singular falta del sentido de las proporciones: nuestros antepasados nunca se habrían imaginado que basta con ver en un error a «nuestro tiempo» para reconocerle derechos no sólo sobre las cosas sino incluso sobre la inteligencia.

---

<sup>1</sup> Del mismo modo, el estandarte de Juana fue algo muy diferente que una bandera revolucionaria que uniera, dentro de un mismo culto profano, a creyentes y no creyentes.

Pero volvamos a la noción de patria: concretamente, la patria no es forzosamente un Estado, sino el país, o el paisaje, donde uno ha nacido, y el pueblo o el grupo étnico o cultural al que se pertenece<sup>2</sup>. Es completamente natural que el hombre ame su ambiente de origen, del mismo modo que es natural, en condiciones normales, que el hombre ame a sus padres o que los esposos se amen recíprocamente y que amen a sus hijos; y es también natural que todo hombre contribuya, según su función y sus medios, a la defensa de su país o de su pueblo cuando son atacados. No pretendemos de ningún modo que sea siempre ilegítimo que una nación ataque a otra, pero, en este caso, es ilegítimo –dicho sea de pasada– forzar a todos los ciudadanos sin distinción a participar en el ataque, pues tradicionalmente o, digamos, según el derecho natural, un reclutamiento en masa no es legítimo más que en caso de peligro nacional<sup>3</sup>. Pero el patriotismo nacionalista, precisamente, no se contenta con posiciones naturales; la patria, según él, forma en la práctica parte integrante de la religión, incluso si oprime a ésta. Ello no quiere decir que la patria no sea sino un accidente terrenal sin alcance espiritual, ni mucho menos. Somos los primeros en reconocer que la patria asume un valor religioso en la medida en que comunica concreta y tradicionalmente la religión; no hay ninguna duda de eso si pensamos en la Tierra védica, el Israel de la Antigüedad, el Imperio del Medio, el Japón sintoísta, el *Dâr-al Islam* y otros casos análogos. Ello se aplica por igual, con toda evidencia, a la antigua Cristiandad, después al Santo Imperio y, en cierta medida, al Reino de Francia, «hija mayor de la Iglesia»<sup>4</sup>. Y hagamos notar que el rey de Francia pensaba que su autoridad descendía de David por analogía sacramental, mientras que el emperador de Alemania, por continuidad histórica, la hacía derivar de César.

El carácter sagrado de una nación no depende de la santidad de sus ciudadanos, esto es completamente evidente, sino de la integralidad tradicional de su régimen. Lo que hace imposible identificar un Estado laico con una «Tierra santa» es, precisamente, el carácter confesionalmente «neutro», y por tanto heteróclito y profano, de la civilización moderna. Hay dos idolatrías que son incompatibles con el carácter sagrado de una nación, el civilizacionismo por un lado, y el nacionalismo por otro. El primero, de esencia «pagana» y mundana, data de esa irrupción de prometeís-

---

<sup>2</sup> Así, la patria concreta de un musulmán de Argelia puede ser, más que el Estado argelino, el Magreb islámico, sean cuales sean sus subdivisiones accidentales; y este Magreb es una patria antigua y vital del mundo musulmán.

<sup>3</sup> Incluso pueblos tan belicosos como los indios de América ignoraban la «movilización general»; pues cada individuo tenía el derecho de no participar en una expedición guerrera concreta, lo que era, con frecuencia, el caso de los chamanes y de los cazadores habituales. Igual ocurría con los israelitas: «Cuando os dispongáis para el combate, el sacerdote avanzará y dirá al pueblo... Los jefes hablarán después al pueblo diciendo: ¿Quién ha construido una casa y no la ha consagrado todavía? Que vaya y regrese a su casa, por miedo de que muera en la batalla y otro la consagre... ¿Quién ha plantado una viña?... Que vaya y regrese a su casa... ¿Quién se ha casado con una mujer?... Que vaya y regrese a su casa... ¿Quién tiene miedo y siente que su corazón se debilita?... Que vaya y regrese a su casa, para que el corazón de sus hermanos no desfallezca como el suyo». (*Deuteronomio*, XX, 5-8).

<sup>4</sup> Mencionemos igualmente a la «Santa Rusia», que podía considerarse como la heredera de Bizancio, la «Nueva Roma y la Nueva Jerusalén», y como la protectora predestinada de toda la Iglesia de Oriente. Análogas observaciones valen para Abisinia, ya que es el único imperio soberano de confesión monofisita.

mo que fue el Renacimiento, y el segundo, que es de esencia laica, racista y democrática, data de la Revolución francesa, que fue una especie de Renacimiento no de modo aristocrático sino vulgar. Pues bien, son precisamente estos dos marcos, «civilización» y «patria», lo que algunos reivindican en nombre de la tradición sin darse cuenta de que en eso hay más de una contradicción. Primero, y esto es lo esencial, la religión es algo sagrado; no puede, pues, encajar con ideologías o instituciones completamente profanas; en segundo lugar, la «civilización» quiere ser esencialmente objetiva, ya que es racionalista y partidaria del cientificismo, mientras que la «patria», nacionalista y racista, es por el contrario subjetiva por definición, y de ahí una absurda e hipócrita mezcla de cientificismo y romanticismo.

El patriotismo profano mezclado de forma indebida con la religión es un lujo tanto más inútil cuanto que se pone en el lugar del patriotismo normal, y tanto más pernicioso cuanto que arruina el prestigio de la religión. Hay ahí dos religiones que de hecho se confunden, una verdadera y otra falsa, y esto explica, aunque sólo de modo parcial, la escasa diligencia que muestra el Cielo en venir en auxilio de una tradición a la que sus fieles ya han traicionado de varias maneras. De acuerdo con el patriotismo nacionalista y «jacobino», la patria nunca comete crímenes, o nada es un crimen si se hace en nombre de la patria; o también, si la patria actúa mal es un crimen reprochárselo<sup>5</sup>. Se erige la patria-nación en valor trascendente y, llegado el caso, se pisotea el sentimiento patriótico de los demás, a la vez que se les exige, si es preciso, una «lealtad» sin tacha; se desprecia a los pueblos extranjeros y se quisiera ser amado por ellos. Lo que reprochamos a los patriotas fanáticos no es desde luego el ser conscientes de los valores reales de su patria, sino el estar ciegos frente a los de algunos otros países –lo que es una cuestión de interés político y sentimental– e incluso frente a los derechos elementales de otros pueblos, mientras que los llamados patriotas proclaman la universalidad de esos derechos y hacen de ello una razón de vivir. Esto nos hace pensar en esos tratados de «paz» concebidos en nombre del «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos», y que sustituyen las viejas opresiones por otras nuevas, manteniendo por otra parte las antiguas servidumbres que no molestan a ninguno de los signatarios.

El desapego extremo de Cristo respecto a su patria, a la que no salvó de la dominación romana y ni siquiera de la destrucción por los romanos, debería hacer reflexionar a los partidarios de un patriotismo incondicional. Claro que no decimos que toda patria se encuentre forzosamente en el caso de la antigua Judea, pero toda patria no tiene, como aquélla, valor de «fuerza mayor» más que en cuanto sea el soporte de un patrimonio espiritual no traicionado. No cabe duda de que no existe tradición sin traiciones parciales, pero en ello hay diferencias eminentes de grado –un círculo no es una esfera, y un cuadrado no es un cubo, a pesar de la analogía– y a partir de cierto grado de negación la patria deja, en todo caso, de ser sagrada.

\* \* \*

---

<sup>5</sup> Pero nunca es un mal proclamar bien alto, e inscribirlas sobre el mármol, las fechorías de los demás, aislándolas de su contexto de circunstancias y sin tener en cuenta, llegado el caso, las leyes de psicología colectiva que las motivan.

La religión, si no está neutralizada por adulteraciones que la empequeñecen y concesiones que la envilecen, y se funda, por el contrario, en lo que constituye su propia naturaleza y su razón de ser: nuestro destino de eternidad, cuya evidencia llevamos en la substancia misma de nuestro espíritu, la religión, decimos, lleva en su seno la respuesta a cualquier pregunta humana posible y la solución de cualquier problema real. Es real un problema que toca a nuestra naturaleza integral y nuestros intereses últimos. Un callejón sin salida debido a nuestro rechazo a aceptar la verdad, y con ella las fatalidades de la existencia terrenal, no es un problema verdadero. Todas nuestras miserias son el efecto de nuestro alejamiento del Principio divino, o del «Sí», como dirían los vedánticos. Ahora bien, la religión se preocupa de esta causa más que de los efectos o, dicho de otro modo, se preocupa de los efectos en función de la causa. Tiende a suprimir este alejamiento —los santos lo consiguen y muestran el camino—, pero su fin no puede ser el curar los efectos de forma aislada y con una intención «mundana», ni tampoco hacer que el mundo deje de ser el mundo. No se pueden eliminar las secuelas del pecado sin eliminar el propio pecado; si se lograse por un instante, nada se habría resuelto y habría que comenzar todo de nuevo, puesto que el pecado permanecería<sup>6</sup>. La gran traición de los progresistas consiste en ignorarlo de intento, y cerrar los ojos a lo que forma la quintaesencia de la condición humana. Se reprocha a la religión el que sea incapaz de resolver los «problemas de nuestro tiempo», pero no se dan cuenta, primero, de que la religión no tiene presentes más que los problemas de siempre y, segundo, de que nadie resolverá los problemas nuevos, aunque sólo fuera porque cada solución engendra, en este plano o en este nivel, problemas nuevos<sup>7</sup>. En una palabra, la religión, en principio, es la única calificada no para hacer cosas imposibles, sino para hacer lo que puede y debe ser hecho, esté o no conforme con los prejuicios en boga. La clave del mundo y su destino se encuentra en nosotros mismos, y este es el punto de vista de la religión y de toda empresa proporcionada a nuestra naturaleza total; quien puede lo más, puede en principio lo menos, y éste no tiene sentido más que conforme a aquél. «El reino de los cielos está dentro de vosotros»<sup>8</sup> dice el Evangelio; nadie podría decir algo mejor.

---

<sup>6</sup> Hay que entender por «pecado» nuestra separación del Centro divino en la medida en que se traduce en actitud o acto; la esencia del pecado es el olvido de lo Absoluto, que es igualmente lo Infinito y lo Perfecto, y este olvido coincide con la pasión centrífuga al mismo tiempo que con el endurecimiento del *ego*.

<sup>7</sup> En el siglo XIX, se suponía que la máquina —la que combina el «hierro» y el «fuego»— resolvería, de una vez para siempre, el problema del trabajo; los sueros debían suprimir la enfermedad, y así sucesivamente; ahora bien, los resultados reales nos incitan a hacer notar que un «fabricante de lluvia» no debe ni ser ineficaz ni provocar una inundación. Por otra parte, es contradictorio querer suprimir el trabajo y después glorificarlo hasta el punto de convertirlo en una religión.

<sup>8</sup> Lo que no significa que el Cielo sea algo subjetivo —*quod absit*—, sino que el acceso al Cielo pasa a través del sujeto humano.